

EL CAMINO DEL CORAZÓN

Entrada Espiritual

...«Al atardecer del primer día de la semana, los discípulos se encontraban con las puertas cerradas por temor a los judíos. Entonces llegó Jesús y poniéndose en medio de ellos, les dijo: ¡La paz esté con ustedes!» Mientras decía eso, les mostró sus manos y su costado. Los discípulos se llenaron de alegría cuando vieron al Señor. Jesús les dijo de nuevo: «¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió a mí, yo también los envío a ustedes». Al decirles esto, sopló sobre ellos y añadió: «Reciban el Espíritu Santo. Los pecados serán perdonados a los que ustedes se los perdonen, y serán retenidos a los que ustedes de los retengan» (Jn 20, 19-23)...

El miedo, el temor, el riesgo, la valentía, el esfuerzo al igual que el amor son experiencias que dan color a nuestra vida todos los días. Estas emociones atraviesan todos los órdenes de nuestra vida, aparecen en cualquier momento, sin previo aviso, e invaden nuestra casa interior. Se instalan dentro de nosotros como dulce huésped del alma o como visitante indeseado. El miedo, al igual que el amor, ejercen una influencia muy grande en nuestra voluntad. Ejercen cierto poder sobre nosotros.



Tanto el miedo como el amor tienen su razón de ser en nuestra vida. Pretender eliminar el miedo porque no nos gusta para dar lugar al amor, sin ningún tipo de discernimiento, puede ser un acto de inconciencia extrema. El miedo es dañino cuando hace que nos encerremos en nosotros mismos y nos dificulta la confianza en Dios. Cuando no nos deja avanzar junto a Él, aun sabiendo que el camino puede resultarnos incierto, o cuando hace cerrar las puertas a la esperanza y la fe. Pero el miedo también tiene sus beneficios. Por ejemplo, nos vuelve más cautelosos y prudentes, nos permite estar despiertos y conscientes para no dejarnos engañar. El miedo nos ayuda a estar alertas para no soltarnos de las manos de Dios y nos vuelve más cuidadosos en el trato con los demás.

El amor es esa otra fuerza interior que, a diferencia del aspecto negativo que tiene el miedo, nos hace salir de nosotros mismos hacia los demás. Es la energía que nos transforma desde adentro hacia afuera. Pero tiene un riesgo muy grande el amor también. El amor humano tiene tendencia a disfrazarse de divino y arrogarse cierta omnipotencia. El amor humano puede corromperse por dependencia, voracidad y dominación, destruyendo personas y vínculos. Así, una sana atención nos alertará sobre las motivaciones más profunda de los movimientos de nuestra afectividad; sobre cómo se mueven en nuestro interior y a qué nos conducen el amor y el miedo.

Este itinerario espiritual que comienzas y que denominamos Camino del Corazón, busca conducirte a la profundidad de ti mismo, al centro de tu ser para vivir desde allí en el corazón del mundo. En la profundidad de tu ser, donde habita Dios, todo se vuelve más claro. No faltarán momentos en que el miedo haga su aparición y sientas que te paraliza, pero tampoco te faltará la experiencia del amor divino que te hará salir de esa encrucijada y confiar más en Él. Anímate a ir mar adentro, a sumergirte en tu propio misterio para encontrarte con el Misterio divino en donde toda respuesta humana encuentra respuesta.

Los discípulos de Jesús estaban atemorizados por lo que acaba de ocurrir. El maestro había sido asesinado por las autoridades religiosas y políticas. ¿No lo estaríamos también nosotros? Y cuando el miedo, la desesperanza y la pérdida de la fe parecían haber extendido un manto de oscuridad sobre sus corazones, Jesús se hizo presente en medio de ellos para llevarles la paz y entregarles el Espíritu Santo. ¿Quién es el Espíritu Santo? Es el dulce huésped del alma, la promesa del Padre. Es el abogado. El que acude en nuestro auxilio cuando lo invocamos. Es quién viene a llevar a la plenitud la obra de salvación. Es, en definitiva, el que obrará en nosotros el proceso de transformación interior que estamos por comenzar. El que forja en nosotros la semejanza con Jesús.

Este proceso de semejanza restaura en nosotros lo que el pecado destruyó; nuestra condición de hombres libres e hijos de Dios. El Camino del Corazón que vamos a iniciar nos convierte en itinerantes del espíritu a la manera de los apóstoles, para dejar de ser vagabundos espirituales. El itinerante tiene una orientación, un norte que lo conduce.

¿Cómo discernir si nuestro caminar es de itinerantes o vagabundos? ¿Cómo saber si nuestra itinerancia acontece bajo la acción del Espíritu de Dios?



Los itinerantes del espíritu saben encontrar a Dios en las cosas creadas. Saben apreciar la obra de Dios, y tienen por ella respeto y admiración. Por el contrario, los vagabundos huyen del contacto con la realidad hacia dimensiones “espiritualistas” que no hacen otra cosa que deshumanizarlos. Llegan incluso a definirse como “personas religiosas” y “comprometidas” mientras juzgan a los demás con crueldad.

Los itinerantes, dóciles al Espíritu, tienden a establecer amistades profundas, a colaborar. Sienten el deseo de formar parte “de”, de colaborar “con”, de donar su tiempo “para”. Por el contrario, los vagabundos espirituales, no son propensos a establecer relaciones sanas y duraderas. Suelen tener problemas de comunicación y básicamente son pocos sociables. Son los que quieren llegar a Dios a base de romper con el mundo. Pero si se comprometen o asumen responsabilidades lo hacen apartando a los demás y no dejando que nadie se interponga entre ellos y lo que “se debe hacer”. El vagabundo, de personalidad egocéntrica, busca su propia santidad independiente de la caridad y solidaridad con los demás, está centrado en su propio itinerario.

Los itinerantes, son comprometidos con la realidad que les toca vivir. No espiritualizan vanamente la realidad, sino que saben tomar lo bueno de los acontecimientos y sopesar las dificultades que la misma vida acarrea. Los vagabundos, por el contrario, suelen ser personas que con frecuencia se privan a sí mismos de alegría y placer. Y cuando encuentran placer en algo, les da culpa y remordimiento. La ascética cristiana y la autodisciplina siempre serán necesarias, pero dentro de sus propios límites y bajo la lupa del discernimiento.

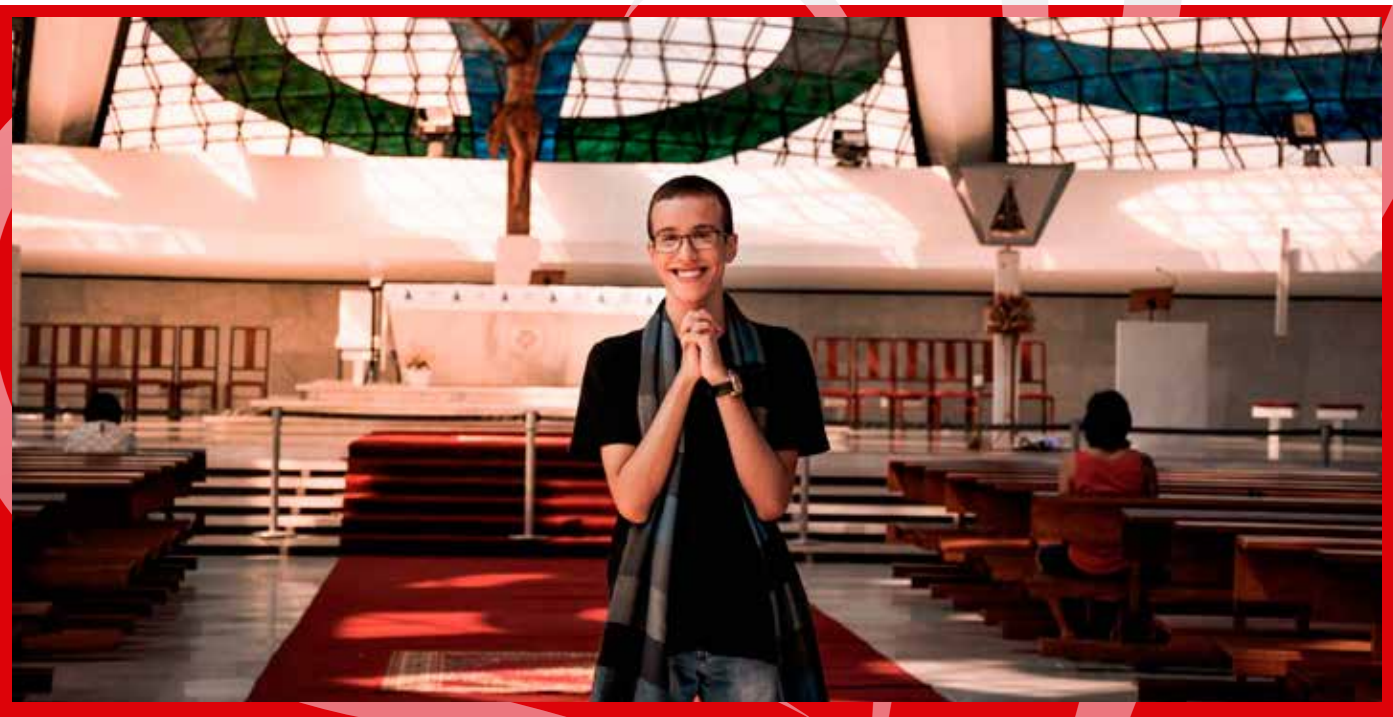
Los itinerantes del espíritu normalmente piensan más en los demás que en sí mismos. Están atentos a las necesidades de los demás y dispuestos a renunciar a sus propios criterios para favorecer la unión y acrecentar la comunión. Los vagabundos espirituales, se cierran sobre sí mismos y rehúyen a un compromiso serio. No quieren implicarse y generalmente son propensos a justificar su falta de integración responsabilizando a los demás de ser “pocos espirituales y devotos”. Los vagabundos suelen cobijarse bajo alguna “autoridad espiritual” para lograr protección y cuidado. Buscan la cercanía con el poder para sentirse fuertes.

El itinerante espiritual, no es aquel que se queda apegado a las cosas, sino que vive su compromiso hasta el fondo, traspasando todo lo creado, hasta llegar a encontrar a Dios en todas las cosas. Pero lo hace afrontando el “aquí y ahora” de su vida. En contacto con la realidad que le toca vivir. A los itinerantes del espíritu se les ve dispuestos a tomar riesgos. Cuando se dan cuenta de que Dios les marca un nuevo camino, están dispuestos a abandonar sus seguridades para adentrarse en lo nuevo y desconocido, como se lo dice Jesús a Nicodemo (Jn 4). El vagabundo espiritual, muy por el contrario, se aferra a sus seguridades. Esta apegado a la norma, a la ley, a la autoridad para salvaguardarse. Desconfía de los cambios y se llama a sí mismo “prudente” para disimular su cobardía.

Ante el discernimiento, los itinerantes del espíritu están abiertos a descubrir a Dios a través del sentido común, de las autoridades legítimas, de los amigos, de las innumerables situaciones que les toca vivir. Los vagabundos espirituales, rehúsan a encontrar a Dios en lo “común” y cotidiano de su vida. Tienden a poner toda clase de restricciones sobre el modo como Dios puede comunicárseles. Rechazan obstinadamente interpelaciones o sugerencias de otros. Exigiendo a sí mismos y a los demás una adhesión rígida a la letra de la ley, permaneciendo ajenos al espíritu de ésta. Se muestran guardianes de la ortodoxia para justificar su proceder y para esconder sus verdaderas motivaciones.

Por último, para conocer si nuestro caminar es de itinerantes del espíritu o vagabundos espirituales es necesario ver cómo nos relacionamos con la soledad.

El peregrino espiritual, busca estar solo como necesidad integrante de su relación personal con Dios. Surge del anhelo de intimidad amorosa y serena. Por el contrario, el vagabundo espiritual, quiere que le dejen solo para seguir aislado. Su soledad es más huir de todo que estar con el Todo, es más un retirarse de la vida, que un esfuerzo por penetrar en las profundidades de ésta. O, por el contrario, multiplican exageradamente sus compromisos para tener la agenda llena. Buscan estar en “todo” y no perderse de “nada”.



En fin, el peregrino espiritual es una persona que vive en plenitud su “estar en el mundo” sin ser del mundo”; mientras que el vagabundo, no sólo huye del mundo, sino que además construye el suyo propio desentendiéndose de todo y de todos.

Que este itinerario te ayude a entrar en sintonía con el Corazón de Jesús, siendo dócil al Espíritu del Señor para discernir tu camino hacia esa unión íntima con Dios. Él transformará tu corazón de piedra en uno de carne para que te abras a colaborar con Su misión de compasión por el mundo. Encontrándolo en todas las cosas, en todo aquello que te toca vivir, para luego recapitular toda tu historia en Él, determinándote a colaborar con Él en su misión con Su estilo y a Su manera.

Oración de Confianza

Padre, me pongo en tus manos
Haz de mí lo que quieras,
Sea lo que sea, te doy gracias.

Estoy dispuesto a todo.
Lo acepto todo.
Con tal que tu voluntad,
se cumpla en mí.
Y en todas tus criaturas.

No deseo más, Padre,
Te confío mi alma.
Te la doy con todo mi amor
porque te amo y necesito
darme a Ti.
Ponerme en tus manos,
sin limitación, sin medida,
con una confianza infinita,
Porque Tú eres mi Padre.

Coloquio

Tómate un tiempo ahora para conversar con Jesús. ¿Cómo? Poniendo en claro con Él lo que ocurrió en la oración. Es una manera de conversar para fijar “esas cosas” que acontecieron durante la oración.